



Para una historiografía lingüística «menor»: Amado Nervo y Alfonso Reyes

M.^a Victoria Romero Gualda

A don Antonio Roldan

Cuando en 1974 empezó su andadura la revista *Historiographia Linguistica*, el profesor Koerner establecía varios tipos del quehacer historiográfico relacionado con la lingüística, hablaba de como era ésta una disciplina «highly complex discipline-to-be and the subsequent foundation of a sound methodology of investigation and presentation»¹Apoyada en esa complejidad -enunciada por Koerner- me atrevo a proponer una investigación de la cual este trabajo no es sino apunte que desearía sugerente para otros de mayor envergadura.

1. Qué historiografiar

Parto de una pregunta sobre el tipo de materiales que son y deben ser historiografiados para construir la historia de lo que es la preocupación o reflexión sobre el lenguaje humano y sobre si podría ampliarse la nómina de los que caben por pleno derecho en esta disciplina, es decir: volver sobre Juan de Valdés y su *Diálogo de la lengua* o sobre Bello y su *Gramática* seguirá siendo casi siempre provechoso, incluso la obra de lingüistas que aún tienen mucho que decir son ya objeto de Tesis Doctorales que examinan, discuten y aclaran lo que su obra significa para la lingüística de nuestros días, por tanto forman parte de una historiografía lingüística a la que no puede calificarse de «menor».

Sin embargo, puede haber también acuerdo en que, precisamente, la preocupación y reflexión sobre el lenguaje humano no es exclusivo de los que en rigor podríamos llamar lingüistas y de que el mejor conocimiento del lenguaje y de las distintas lenguas -maneras de presentarse el lenguaje- interesa sobremanera al hablante, aunque no pueda investigarlo e investigarlas con el rigor metodológico y epistemológico que una ciencia exige, porque le va en ello el mejor conocerse a sí mismo y a los otros². Y más en nuestra época en la que el lenguaje parece haberse convertido en punto de encuentro de preocupaciones muy diversas: filosóficas, psicológicas o sociológicas, en tanto que, paradójicamente, se presta más atención a qué conseguir con el hablar, a su fuerza realizativa que al bien y buen hablar.

Me pregunto si la historia de la lingüística no debería interesarse también por esas manifestaciones que a veces no pueden ser sino ingenuas, otras, errores, so capa de erudición y prolijidad de datos, las más, reflexiones correctas y razonables motivadas por ese interés del que hablábamos más arriba. No parece que sea descabellado pensar que también esas reflexiones contribuyen a que nuestra ciencia avance aunque no sea más que por el trabajo que supondrá, en muchas ocasiones, el puntualizar, aclarar o rebatir algunas de ellas.

1.1. Interés por lo lingüístico y medios de comunicación

Aceptando pues que en la tarea historiográfica habrá exigencias muy distintas, podemos encontrar una parcela no por dispersa menos atendible: firmas conocidas y dedicadas a otras ocupaciones: científicos, historiadores, autores literarios, etc., escogen muchas veces las páginas de los periódicos para mostrar su preocupación o interés por distintos aspectos de la lengua. Pueden ser observaciones acerca de lo ortográfico: «No sabemos por qué se olvida siempre en los presupuestos municipales el aprovechamiento de una renta que podría ser de importancia. Nos referimos a la imposición de multas sobre las faltas de ortografía expuestas en la vía pública, ya en muestras, ya en letreros o prospectos. El autor de estas injurias a la lengua castellana sería condenado como corruptor de la educación popular, ya que no como propagandista de errores [...] La idea en lo esencial, no es nueva. Hace cuarenta años Schopenhauer, el célebre filósofo pesimista, quejándose de cómo maltrataban la lengua alemana los periódicos de entonces, pedía que se estableciera una censura gramatical y se castigaran con multas las faltas de esta clase»³, lo escribía en 1895 Amado Nervo y no hay duda que con otro tono podríamos leerlo -o escucharlo- hoy mismo. Distinto estilo pero preocupación parecida muestra un texto de Alfonso Reyes: «En las imprentas de Hispanoamérica, o no existe el corrector profesional o tiene menos autoridad de especialista que en España. El resultado es cierta anarquía en la acentuación y en la puntuación, que reflejan más directamente el modo de escribir del autor. A veces, la anarquía va un poco más allá, protegida por las peculiaridades del habla americana, y sobre todo en los periódicos que se componen a toda prisa. En muchos diarios de cierta república de cuyo nombre no quiero acordarme, abundan los casos de atravesar así con zeta»⁴. Con frecuencia el interés por la lengua ha hecho que diarios o revistas encarguen a un filólogo una columna -espacio fijo con firma- en la que se atiendan estas cuestiones; en una de éstas, que Ramón Carnicer escribió en *La Vanguardia* durante varios años y tituló *Sobre el lenguaje*, dedicó, en varias ocasiones, atención a la ortografía: «Es sorprendente la desidia con que muchas personas escriben. [...] Hace ya dieciséis años que la Academia aprobó sus *Nuevas normas de Prosodia y Ortografía* (1959), incorporadas éstas diez

años más tarde a su *Ortografía*. Pues bien resulta abrumadora la cantidad de españoles que las desconoce o las confunde»⁵.

El léxico es, sin embargo, lo que suele despertar más interés en estos escritos; no hay duda que lo periférico del sistema lingüístico es lo más cercano al hablante, lo que siente más dominable y así es frecuente que los autores, en textos que se sabe van a llegar a un público extenso, avisen sobre los nuevos usos: «el léxico de moda tiene un vocablo más. Este vocablo es *smart* [...] El *chic* ha muerto, y sobre su tumba se levanta resplandeciente la palabra *smart* [...] ¿Y de dónde vino ese vocablo? De Inglaterra de donde viene todo lo peregrino, de donde vinieron el *snob*, el *shocking*, el *dandy* y el *five o'clock tea* [...] Inclinaos ante el vocablo nacido en Albión y consagrado en París»⁶ la misma preocupación de Nervo en 1898 continúa en nuestros días, las palabras extranjeras siguen entrando y Lázaro Carreter escribe en junio de 1980: «Que entren palabras extranjeras poco importa, ya lo he dicho, si se cumplen dos condiciones inexcusables: que sean necesarias y que se adopten del mismo modo en todo el ámbito del idioma»⁷, las más de las veces se intentan corregir errores léxicos, préstamos superfluos: «"Era una familia temperamental". Anglicismo grave. Los anglosajones califican de temperamental a la persona veleidosa [...] En español temperamental sería lo que concierne al temperamento, y temperamento es...», «"Revancha" (por "desquite") es galicismo feo; como "avalancha" por "alud", "Volver sobre sus pasos" Galicismo. En castellano se dice: "Volverse atrás, corregirse, retractarse"»⁸. Mucho recordamos la discusión provocada con el verbo detentar. En 1980, el Brocense⁹ se preguntaba un tanto airado: «¿De dónde ha podido llegar a nosotros, propalarse con tanto atropello, la equivalencia?».

En muchas ocasiones no son cuestiones concretas sino preocupaciones por el destino de la lengua, el deterioro que sufre en los medios de comunicación y en los hablantes o la responsabilidad que tienen los profesores en esta situación, como apunta Reyes: «un deber inexcusable, y el primero de sus deberes, puesto que no hay educación ni enseñanza verdaderas sin la comunicación de la palabra»¹⁰.

2. Divulgación e historiografía lingüística. Los casos de Nervo y Reyes

Como vemos por los textos que estoy trayendo a colación, en una búsqueda de este tipo encontraríamos ejemplos para documentar actitudes lingüísticas muy diferentes, presididas casi todas por el deseo de que los hablantes que no están familiarizados con criterios seguros sobre lo «normal» en lengua, sobre lo que afecta más a un sistema lingüístico o sobre lo que supone una forma vulgar -incluso soez- de expresarse, conozcan de forma fácil dichos criterios.

En 1970, al proponer una política para la neología, el profesor Bernard Quemada hablaba de los «hablantes de calidad» e incluía en ellos a los «divulgadores», precisamente, para el intento de historiografiar este tipo de textos del que vengo

hablando podríamos acotar los de «divulgación» como «textos de calidad» los cuales, como los hablantes mencionados por Quemada, tendrían mucha importancia en la creación o el avivamiento de la conciencia lingüística de los hablantes.

Como ejemplo de estas reflexiones he querido trabajar con dos autores -Amado Nervo y Alfonso Reyes- de reconocida valía aunque de significación muy diferente en la historia de nuestra comunidad lingüística, la que tiene a Nebrija como maestro aunque sea muy discutible la tradición que ha hecho, en ocasiones, hablar de su *Gramática Castellana* como del texto según el cual se enseñó la lengua española a los pueblos colonizados y evangelizados bajo la Corona, a no ser que el Lebrijense tuviera sentido profético al pensar en unos futuros y nuevos súbditos de la Reina Isabel que vinieran a unirse a aquellos «muchos pueblos bárbaros y naciones de peregrinas lenguas» de las que hablaba fray Hernando de Talavera.

Ambos nacidos en México, vivieron fuera de su país y lejos de él murieron, Nervo en Montevideo, en 1919, Reyes en España, en 1959, los dos en el seno de la lengua española a la que con desigual reconocimiento posterior dedicaron también distinto empeño. Si el primero, poeta, no alcanza sino una línea en una voluminosa *Historia de la Literatura Universal* de Valverde, para ser llamado «renegado del modernismo», el ensayista merece alabanzas del mismo autor por «su fina labor de filólogo y crítico» y al hablar de la crisis del ensayismo americano señala que «el caso de Alfonso Reyes vale por su sentido de la tradición reavivada y por la gracia de sus descripciones del México presente y pasado»¹¹, Guillermo de Torre habla de su «agudeza y acierto proverbiales»¹² y una *Historia de la literatura hispanoamericana* no duda en considerarlo «el más completo humanista del México contemporáneo» «Desde Andrés Bello no ha producido América -y digo las Américas- un humanista tan cabal y amable como Alfonso Reyes, hombre cultísimo y bueno, humanista de humanismo y humanidad»¹³. Fue Amado Nervo profesor de Reyes y éste escribe sobre aquél en varias ocasiones, lo recuerda como «ensayista curioso, siente atracción por las lucubraciones científicas, por los gabinetes de experiencias: hay, en el fondo de su alma una nostalgia de la Escuela Preparatoria. Os aseguro que le gustaría escribir novelas a la manera de Wells»¹⁴.

Distintos en muchos aspectos de su vida y de su formación, Reyes aparece más ligado al mundo académico que Nervo; fue, en España, discípulo de Menéndez Pidal, Américo Castro, Federico de Onís, Navarro Tomás, colaborador en la *Revista de Filología Española*, datos que lo muestran objeto propicio de estudio historiográfico en nuestras disciplinas, hay, sin embargo, una circunstancia común que es la que me ha hecho unirlos a pesar de sus diferencias: la atención que prestaron a la prensa como medio de difusión de sus trabajos o de sus opiniones.

En Amado Nervo la dedicación al periodismo fue mayor que en Reyes, él como el gran Rubén Darío, modernista, trabajó como periodista¹⁵; aún en su ciudad natal, Tepic, funda *La Revista Moderna* para difundir el modernismo, más tarde en la capital mexicana trabaja en *El Mundo Ilustrado*, *El Nacional* y *El Imparcial*, éste último lo envía a Europa. Sin embargo sus ocupaciones periodísticas eran vistas como tales, sólo así, ocupaciones a las que no parecía tener mucho afecto ya que le impedían dedicarse a tareas más queridas, hablando de Sor Juana Inés de la Cruz dice: «Mucho he amado a esa monja esquiva cuanto bella a la cual he de consagrar un libro si Su Majestad plebeya, el Periodismo, especie de Felipe Igualdad de la Literatura me lo permite»¹⁶. También Alfonso Reyes entabló relaciones con el mundo periodístico, además de

fundar la revista *Monterrey*, en España colaboró con *El Sol*, el diario fundado por Ortega, y en un momento de su vida aconsejó a sus compañeros «como una práctica saludable, el dejar siempre, en el gabinete de las musas una ventana abierta a la calle; el ir con frecuencia al periódico y explicarse allí con el gran público. Esto robustece al público y robustece al escritor»¹⁷.

2.1. La enseñanza de la lengua

Entre los textos que he espigado y que podrían recogerse para examinar cuestiones que interesan a la historia de los trabajos lingüísticos la primera pertenece claramente a la Lingüística Aplicada y en ella más concretamente a la enseñanza de la lengua tanto de la materna como de las extranjeras.

Amado Nervo -en 1905- se pregunta para encauzar la cuestión de la enseñanza de las lenguas vivas: «¿qué debemos entender por el conocimiento de una lengua? Conocer una lengua, dicen casi todos los autores, es escribirla y leerla con facilidad y corrección»¹⁸ pero a partir de esta afirmación Nervo en tono absolutamente sencillo y claro expone tres principios fundamentales para ese aprendizaje que, como vemos, no persigue únicamente lo afirmado: «1.º Hay que hacer hablar al niño el idioma que se trata de enseñarle el mayor tiempo posible. 2.º Es indispensable que el profesor conozca a fondo la segunda lengua, porque no se enseña bien sino lo que se conoce bien. 3.º Deben ser corregidas cuidadosamente todas las faltas, así de composición como de pronunciación»¹⁹. Si pensamos en la enseñanza del español como lengua extranjera, el primer principio sería aceptado entusiásticamente por cualquier profesor de nuestros días, el segundo no se discutiría aunque no estemos tan seguros de que la situación deseada por Nervo se cumpla en nuestro caso, dada la inespecífica preparación que reciben y se procuran muchos profesores y con el tercero se abriría una larga discusión con opiniones dispares y a veces encontradas. Hay en estas notas de Nervo algo, que no por sabido hoy, debe menospreciarse: el fin de la enseñanza de una lengua es poder comunicarse, pero ello no supone la marginación de ninguno de los conocimientos que pueden mejorar dicha comunicación y así habla de cómo se combinan y se prestan mutuo apoyo, la elocución, redacción, lectura, ortografía y gramática. Es decir, dar predominio a la lengua oral no exime de enseñar la lengua escrita ni supone que la enseñanza de la lengua pueda dejarse a lo que los hablantes aprendan en una «situación de inmersión». Y todo eso teniendo muy claro con Alfonso Reyes que si para el filólogo «la lengua tiene un pasado, una evolución y una doctrina más o menos estable. Para el educando, la lengua es un acto de vitalidad como la respiración o el movimiento de su cuerpo»²⁰. Pero de alguna manera hay que canalizar ese acto «un poco en la lógica y un mucho en la convención y el uso idiomáticos»²¹, y en esa labor de canalización el profesor tiene mucha tarea porque el que aprende una lengua aprende con ella una forma de vivir, de estar en el mundo y en la historia, gracias a la lengua el hablante enlaza con el pasado y prepara el porvenir²². Alfonso Reyes ve el ejemplo paradigmático en la tarea de Nebrija: escribir una *Gramática Castellana*, califica esa empresa de hazaña revolucionaria, recoge las explicaciones programáticas de Américo Castro²³ que de alguna manera están en el prólogo de la *Gramática* y han sido comentadas suficientemente²⁴; habló, Reyes, en dos momentos de Antonio de Nebrija, una en «Retratos reales e imaginarios» publicados primero en la prensa madrileña y recogidos más tarde en libro (1920) y con ocasión de este «Discurso por la lengua» dirigido a los Inspectores de Escuelas Rurales en el que desgrana sus ideas acerca de la

pureza de la lengua y de cómo debe enseñarse, dándole a la gramática un valor normativo al que hay que acudir *a posteriori* cuando ya el alumno haya alcanzado el gozo de poseer la lengua: «Todo esto viene a decir que hay un término de buen sentido y hasta de buen gusto en la enseñanza de los preceptos lingüísticos; que debe inculcarse una idea generosa de la pureza muy ajena al mezquino y pedantesco purismo. La frecuentación de los clásicos, de los modelos universalmente acabados, es en este extremo mucho más eficaz que los manuales de gramática»²⁵. Idea que no por antigua ha perdido vigencia, el cuándo, el cómo enseñar gramática sigue despertando inquietud y basta que pensemos en nuestros escolares y universitarios para que aceptemos humildemente que la cuestión no está resuelta.

2.2. Defensa de la lengua española

Ligada de alguna manera a esta cuestión de la enseñanza de la lengua está la consideración en que los citados autores tenían la lengua española, ambos la consideran expresión de una forma de ver la vida que tiene rasgos honrosos, de alguna manera se sienten enamorados del español, Alfonso Reyes no se recata en decirlo: «[no] me alargaré en el elogio retórico de nuestra lengua [...] como los verdaderos enamorados, doy por supuesto que todos participan de mi entusiasmo [...] considero como un privilegio hablar en español y entender el mundo en español: lengua de síntesis y de integración histórica...»²⁶ hablan de su proyección internacional y de su futuro que aleja el tono pesimista de otros autores que veían la posible disgregación de nuestra lengua²⁷ Amado Nervo dedica varias de sus crónicas desde Europa a hablar del castellano como posible lengua internacional -en esto se diferencia de Reyes, siempre habla de «castellano»-, expone las ventajas que nuestra lengua -racional, lógica, fácil de aprenderse y «sobre todo cuya ortografía puede simplificarse mejor»- frente a lenguas artificiales como el esperanto, recoge una serie de noticias y anécdotas curiosas de las cuales sólo quiero citar algunas aparecidas en el ensayo «Nuestro Idioma»²⁸ de 1915. Al comienzo de él pregunta Nervo: «¿Peligra, por ventura, nuestro idioma en el mundo? y habla de una serie de iniciativas, unas en favor del español como la posibilidad de constitución de una especie de "liga santa": "Los amigos del idioma", o la prohibición, por parte de Gobierno de Porfirio Díaz, de escribir letreros o anuncios en inglés, o en contra como la presentación en la Cámara de Delegados de Puerto Rico del proyecto de ley para erigir la enseñanza primaria en lengua inglesa, plantea cómo considera él debe ser la evolución de nuestra lengua tanto en España como en América al hilo de las creaciones de los maestros que acierten a dar nueva expresión a las nuevas necesidades, expresa el deseo de un gran diccionario hispanoamericano que contribuiría a que el idioma evolucionase armónicamente a ambos lados del Atlántico y recoge, como dato curioso, unos "suelos" aparecidos en dos periódicos ingleses -*The Times* y el *Daily Mail*- en los que se propugnaba la enseñanza, en centros británicos, del español en lugar del alemán por ser éste el idioma en que debían desarrollarse las relaciones comerciales con América del Sur».

Ambos autores citan el famoso verso de Rubén Darío: «¿Tantos millones de hombres hablaremos inglés?», y ambos truecan la inquietud rubeniana en optimismo, Nervo cita el caso de los interesados por el español en los Estados Unidos de Norteamérica, de los centros en donde el español se estudia concienzudamente, de las

numerosas Cátedras de español existentes también en el Reino Unido y Alfonso Reyes afirma: «es indiscutible que el estudio del español ha venido a ser, para los Estados Unidos, una preocupación nacional. Apenas se puede dar abasto a la demanda de profesores. A pocas letras que posea un hispano parlante de Nueva York, y con sólo que sepa presentarse correctamente, le dan, en cualquier forma, el espaldarazo académico, y lo arman profesor de español»²⁹.

Conclusión

La brevedad exigida en una comunicación y mi dedicación actual a cuestiones relativas a la enseñanza del español como lengua extranjera ha hecho que los textos aducidos tengan casi todos relación con estas preocupaciones, pero no quiero, sin embargo, dejar de mencionar, aunque sea a modo de guión, otras cuestiones tratadas por Nervo y por Reyes, susceptibles de examen en esa posible historiografía lingüística que recogiera textos como los que proponía al principio de mi exposición.

1. Cuestiones de ortografía y pronunciación.
2. Español de España y español de América. El hablante frente a estas dos realidades.
3. Arcaísmo y neologismo en el español americano.
4. Cuestiones de semántica léxica: devaluación de términos, eufemismos, etc.
5. Cuestiones estilísticas.
6. Importancia de la prensa y de la radio en la enseñanza del español correcto.

Son algunas de las que se han quedado en el telar y sobre las que tengo intención de volver. Creo que la búsqueda de este tipo de materiales puede ser dificultosa, no en el caso que me ha ocupado, pero sí en lo que aún sólo puede leerse en las hemerotecas, en cualquier caso, sabemos que en ellas está gran parte de la historia de nuestro siglo y por qué no ha de estar también la de nuestra preocupación por el lenguaje.

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

